

La Comunidad Andina de Naciones y los dilemas de la integración regional

Miguel Ángel Latouche R.*



Sin duda la posición venezolana es problemática para la Región, no solamente dificulta la búsqueda de soluciones compartidas a los problemas comunes, sino que además dificulta el establecimiento de un orden funcional donde los intereses diversos puedan concurrir y agregarse de manera funcional. Hoy por hoy, Venezuela representa un reto fundamental para la estabilidad y el fortalecimiento de la democracia en América Latina.

UNA POSTURA RADICAL

El anuncio de la salida de Venezuela de la Comunidad Andina de Naciones, ha provocado un cisma dentro de la estructura de funcionamiento de la CAN, no sólo porque Venezuela se había constituido a través de los años en uno de los socios fundamentales de este acuerdo de integración regional, así como su principal promotor, sino porque, adicionalmente, se trató de una medida unilateral que se tomó sin que mediara un proceso de consulta con los demás miembros de la comunidad o, por aquello de la democracia participativa, con los venezolanos que serán afectados negativamente por la decisión. Llama, en todo caso, la atención que esta acción se haya adelantado precisamente en el momento en que Venezuela se encargaba de la Presidencia de la CAN, lo que de alguna manera pone de manifiesto la ausencia de compromiso con que el gobierno venezolano asume sus obligaciones internacionales.

Venezuela ha asumido una postura radical, rompiendo los espacios de diálogo allí donde aparentemente las instancias de negociación no se habían agotado. La actuación venezolana, en realidad, parece responder a una estrategia sistemáticamente articulada para lograr el debilitamiento de la integración andina, al menos dentro del modelo que este proceso ha seguido durante los últimos cuarenta años. El abierto acercamiento al MERCOSUR, la propuesta de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), que se constituye en una estrategia de integración regional donde privan los temas de carácter político fundamentados en la propuesta de la Revolución Bolivariana, la confrontación con los

Estados Unidos y, más aún, el enfrentamiento de baja intensidad con algunos países de la región que no comparten el ideal revolucionario, como es el caso, en particular, de Colombia, Perú y México, parecen constituirse en puntos clave de una nueva concepción de la política exterior venezolana, en la cual se privilegia la confrontación como estrategia de posicionamiento de los intereses venezolanos ante la Comunidad Internacional.

Dentro del planteamiento revolucionario el problema de la integración adquiere un tono político que implica el cuestionamiento permanente del Status Quo del Sistema Internacional y la ruptura de las reglas de la Diplomacia. Pero más aún, se favorece una integración de carácter político con una alta dosis de populismo e intervencionismo, todo lo cual termina siendo financiado por los altos ingresos petroleros que ha recibido el país durante los últimos años. Al parecer tanto el ALBA como los recientemente suscritos Acuerdos de Integración de los Pueblos, firmados entre Venezuela, Cuba y Bolivia, tienen la intención de crear un frente de izquierda revolucionaria, que bajo el discurso de la reivindicación social y la autodeterminación, termina convirtiéndose en un instrumento para la desestabilización política e institucional de la Región.

LA IDEOLOGÍA COMO RAZÓN

Para la Cancillería venezolana no ha sido sencillo justificar la decisión de abandonar el Mecanismo Andino de Integración. Por una parte, debe recordarse que éste se constituye en la primera y más duradera instancia de integración regional latinoamericana.

Por otra, se debe considerar que la CAN ha adelantado un largo proceso de fortalecimiento institucional que no sólo ha estado referido a la creación de condiciones para el incremento del intercambio comercial, sino que por el contrario, ha transitado hacia el establecimiento de instancias para la resolución de controversias, órganos de financiamiento como la Corporación Andina de Fomento y dispositivos de integración socio cultural como el Pasaporte Andino.

Se debe considerar, en todo caso, que la decisión venezolana se haya producido precisamente en el momento en el que los gobiernos de Colombia y del Perú se encontraban negociando tratados de libre comercio con los Estados Unidos. El argumento que se ha presentado al país refiere que se trata de una estrategia para proteger los mercados nacionales a la invasión de productos provenientes de aquel país. Aún cuando esta pudiera ser considerada una consideración válida, lo cierto es que este tipo de situación se ha resuelto tradicionalmente estableciendo normas de origen que restrinjan dentro del mercado integrado la distribución de bienes cuyos componentes son producidos en su mayoría en un tercer país.

Una perspectiva más razonable parece estar referida al tema de la confrontación antiimperialista. Acusar al Perú y a Colombia como los responsables de la salida de Venezuela de la CAN es como mínimo exagerado. Los acuerdos de integración multilateral implican la restricción de los máximos esperados por las partes con la finalidad de garantizar un beneficio común cooperativo. Cada una de las partes se ve en la necesidad de realizar transac-

ciones que permiten beneficiar una lógica de crecimiento interdependiente entre ellas; aún si esto significa que algunos sectores de la economía y la sociedad se vean obligados a pagar algunos costos.

Otra cosa, sin embargo, es la referida al funcionamiento político de los acuerdos de integración. En general, cuando las partes asumen el desarrollo de estos espacios integrados son cuidadosas de no introducir en las diversas negociaciones componentes de carácter ideológico. En realidad la creación de espacios políticos comunes se materializan como resultado de una integración económica funcional que deriva hacia el establecimiento de 'espacios sociales comunes'. En el caso venezolano esta tendencia se rompe, la propuesta integracionista planteada desde el gobierno revolucionario parece favorecer el establecimiento de un criterio ideológico compartido como elemento fundamental de cualquier acuerdo de integración en América Latina.

En ese sentido, la separación de Venezuela de la CAN debe interpretarse como una acción que busca imponer un castigo a quienes se considera que no comparten suficientemente las posturas venezolanas en la región y muy particularmente en lo que se refiere a las relaciones con los Estados Unidos.

UN PROFUNDO IMPACTO

La posición venezolana ha impactado de manera profunda no solamente en las dinámicas de la CAN sino que incluso ha llegado a generar preocupación dentro del MERCOSUR, después de todo abría que preguntarse qué puede hacerse con un socio que se

muestra impaciente en la búsqueda de maximizar sus intereses particulares, que tiene una agenda de carácter político que no necesariamente es compartida en su totalidad por el resto de los asociados; pero que más aún ha planteado la posibilidad de acabar con el mismo MERCOSUR, si éste se desvía de su finalidad. Esto último con el agravante de que no queda claro lo que desde acá se considera que son los intereses de este sistema de integración regional.

Sin duda la posición venezolana es problemática para la Región, no solamente dificulta la búsqueda de soluciones compartidas a los problemas comunes, sino que además dificulta el establecimiento de un orden funcional donde los intereses diversos puedan concurrir y agregarse de manera funcional. Hoy por hoy, Venezuela representa un reto fundamental para la estabilidad y el fortalecimiento de la democracia en América Latina.

* Profesor UCV